



La silueta que simboliza nuestros cuerpos es una casa. Una casa que representa lo que somos: nuestras manos, nuestros pies, nuestra mente...y nuestra alma. ¿Por qué una casa? Porque eso somos, con nuestros cimientos, nuestros pilares, nuestras ventanas y puertas, nuestro tejado... el hogar que habitamos.

Los discursos de odio impactan en nuestra casa/cuerpo de muchas formas. Provocan grietas en la pared que representan la rabia y la frustración como una sacudida física, presionándonos el pecho. Muchas veces necesitamos poner en marcha un poco de paciencia para soportar el odio que recibimos.

Nuestra casa tiene ventanas, éstas representan nuestros ojos. Cuando pensamos y vemos toda la aversión que subyace en algunas palabras "inocentes", las lágrimas hacen acto de presencia. Observar y sentir en nuestros cuerpos las consecuencias de la desigualdad que genera el odio, provoca el estallido de nuestras ventanas; los cristales se dispersan colándose hasta por debajo de la puerta. La puerta simboliza nuestro corazón. Este corazón no se puede abrir, la puerta está cerrada y fuera se puede leer el cartel de impotencia, de rabia... sentimientos que golpean fuerte, ensombreciéndolo todo.

Cerca de nuestra casa, de nosotras, se alza una solitaria figura que encarna el miedo a la soledad. Un miedo aterrador que nos acecha, que se alimenta del silencio cómplice que resuena cuando las palabras llenas de rechazo hacia los demás se pasean entre la multitud, que quiere arrebatar nos parte de nuestra humanidad, de lo que somos. Humanas.

Si miras a través de las ventanas, de nuestros ojos, se puede ver el reflejo de un árbol navideño. Una metáfora que simboliza la alegría de lo compartido, la compasión y el apoyo mutuo, pero también la tristeza que sentimos en aquellos espacios en los que el odio nos persigue y no nos deja ser.

Una pregunta surge en nuestras cabezas, se deja ver en el tejado de nuestra casa en forma de interrogante, no sabemos explicar el porqué de tanta violencia...

Pese a que intentemos mantener estos discursos alejados de nuestro hogar, de nuestro cuerpo, la violencia que existe en las redes sociales, en la televisión y en el murmullo de la calle entra en nuestra casa a través de la antena, que lo capta todo. El odio irrumpe generando un ruido ensordecedor del que no podemos escapar. Allí fuera repiten el mismo mantra una y mil veces, convirtiendo sus mentiras en verdad.

La chimenea de nuestro hogar echa humo de todos los colores, y es normal. Sentimos rabia, desesperanza, miedo, indignación, tristeza... por nosotras, por las demás, por

todas las personas que sufren el odio. Pero en nuestro pensamiento siempre está presente el símbolo de la mujer. Este símbolo representa la fuerza de cada una, la fuerza de todas juntas; representa el coraje de levantarnos cada día y de la lucha por la libertad.

No todo es oscuridad, también existe un lugar en nuestro corazón que habla de esperanza, al encontrar espacios como este, donde compartir, donde soñar que otro mundo es posible, que se traduce en pequeñas puertas que se abren tímidamente en el lateral de nuestro hogar, de nuestras vidas, dejando pasar la luz.